



elQuincenal

Colegio Internacional Kolbe

"He visto educar"



CLARA FONTANA

No voy a entrar en el currículum de Franco Nembrini: sería bastante largo. Creo que muchos ya le conocéis: Franco nació en una región preciosísima de Italia que se llama Bérgamo, que yo he aprendido a querer a través de la relación con él. Es una tierra de hombres recios y auténticos, como Franco. Es miembro de una familia grande, de diez hermanos; está casado con una gran mujer, Gracia, que está hoy aquí también, y es padre de cuatro hijos. Durante muchos años se ha dedicado a la enseñanza: ha sido profesor de Lengua y Literatura italianas y hace ya más de 25 años se embarcó, como muchos de nosotros, en una obra educativa parecida al Kolbe en Italia: creó la escuela La Traccia, en Calcinate, con la que nos une una amistad muy grande.

Pero yo quería presentaros a Franco más a título personal. Para mí, para nosotros, Franco es sobre todo un compañero de camino, alguien que nos ha revolucionado la vida. A mí, desde luego, me la ha revolucionado. No estaría sentada ahora mismo aquí si no le hubiera conocido. La primera vez que le oí hablar de educación fue hace más de diez años, y sentí exactamente como si me hubiera pasado por encima un tren de velocidad. Y por una razón muy sencilla: yo siempre he querido a mis hijos, los quiero mucho, pero me di cuenta ese día de que no bastaba con quererles, sino que era necesario también aprender a quererles bien. Es una experiencia que muchos tenemos, el deseo de amarles, de acompañarles en la vida, pero al mismo tiempo tenemos la conciencia de que no sabemos cómo hacerlo. Siempre le estaré agradecida a Franco porque creo que la relación que tengo con mis hijos y con mis alumnos se la debo en buena parte a él.

Este año habíamos pensado proponeros a los padres, profesores y todos los amigos del Colegio trabajar con él, que nos ayude a ser más conscientes de cuál es nuestra tarea educativa. Para ello os habíamos pedido que leyerais el primer capítulo de su libro, “El arte de educar”, y quería rescatar algún extracto del mismo. Él dice: “La tragedia de nuestro tiempo es que ya no se educa. Ya no se puede dar por descontado, ya no es obvio, que se dé esa clase de milagro que ha sido siempre la educación y que ha garantizado incluso en momentos históricos terribles que el mundo siga adelante”. Creo que basta mirar el mundo que nos rodea para darnos cuenta de que esta afirmación no es exagerada, y os puedo asegurar que ni siquiera en las leyes de educación se habla de educación. Se habla de otras muchas cosas: de instrucción, de enseñanza... Pero la educación se da por descontada. Esta dificultad no es sólo una dificultad ajena a nosotros, que está en el mundo, sino que también la percibimos en primera persona. En el fondo, él dice en este capítulo, y es lo que yo quería subrayar, que “la educación siempre es un problema de los adultos”, de nosotros, de los padres, de

los profesores. Por eso quería preguntarle cuál es nuestra responsabilidad como adultos, qué significa que se educa dando testimonio y no soltando sermones –algo en lo que podemos reconocernos– y qué es lo esencial para educar en medio de todo el caos que muchas veces nos rodea y que nos lleva a todas las tentaciones posibles, desde levantar murallas alrededor de nuestra familia para que nadie nos toque a ceder a nuestras dificultades o incluso abandonar y no seguir educando. Con estas preguntas le cedo la palabra a Franco Nembrini.

FRANCO NEMBRINI

La presentación que ha hecho Clara es exagerada, así que la podéis tirar a la basura. Es verdad que nos hemos convertido en amigos, y para mí y para mi mujer la amistad con el Kolbe ha sido importantísima. En cambio, respecto a la cuestión educativa, cuanto más pasa el tiempo más aumentan las preguntas y no tanto las respuestas. Vengo de una serie de encuentros con padres, profesores y escuelas de Andalucía y en estos días me he dado cuenta de que hay una nota dominante entre las familias: el miedo. Familias asustadas que están asustadas ante el mundo, que han cedido ante la dificultad de la tarea y han renunciado a educar. Me doy cuenta de que este miedo es el gran enemigo de la educación.

Quería empezar levantándoos un poco la moral y animándoos. Tengo algunas citas sobre educación que os quería leer:

“Nuestro mundo ha alcanzado un estadio crítico. Los chicos ya no escuchan a sus padres. El fin del mundo no puede estar lejos”.

“Esta juventud está marchita en lo profundo de su corazón. Los jóvenes son malvados y perezosos, ya no son como los de antaño. Los jóvenes de hoy no serán capaces de mantener nuestra cultura”.

La primera de ellas es de un sacerdote del antiguo Egipto en el 2000 AC, esa que dice que el fin del mundo no puede estar lejos. La otra, que habla sobre que la juventud no puede mantener nuestra cultura, se encontró en un trozo de una vasija en las excavaciones de Babilonia en el 3000 AC. El problema es antiguo, no somos los primeros en afrontar el problema de la emergencia educativa. Lo conseguiremos también esta vez.

¿Por qué tengo esta confianza? Precisamente porque estoy convencido de que la gravedad del momento histórico que estamos viviendo hace más fácil la tarea de educar. Quizá decir que es fácil es erróneo, pero sí es cierto que es más fácil comprender qué es la educación. Lo ejemplifico diciendo cómo ha nacido el libro de “El arte de educar”. Es un libro que no he escrito yo; de hecho, todavía lo tengo

Dario y Clementina,
padres de Franco
Nembrini



que leer, pero me han dicho que merece la pena. Lo ha escrito un amigo mío que cogió de casa unas cuantas grabaciones de encuentros y las convirtió en un libro. Cuando llegó el momento de elegir el título, yo pedí que fuera “He visto educar”, porque me parecía más correspondiente al contenido del libro. Porque yo no hago teoría de la educación, sino que doy un testimonio de cómo he visto la educación en acto. He visto tanta educación, primero como hijo, luego como alumno en el colegio, como padre (tengo cuatro hijos varones) y, por último, como profesor... Hace ya 38 años que doy clases de italiano a chavales entre 15 y 18 años. Pero el editor me dijo que “He visto educar” era un título difícil, que no se entendería. A mí me parecía muy fácil. Cuando no lo aceptó estuve tentado de ponerle el título que de verdad tengo en el corazón: quería titularlo “Dejadles en paz”, dedicado a todas las madres de Italia. Luego si queréis os explico por qué a las madres. El editor me dijo que era un cretino, que no entendía nada del mercado y que no podíamos ponerle ese título porque no se iba a vender. Yo le dije que el cretino era él porque un libro con ese título sería un superventas el día de la Madre. Pero no hubo forma, y se quedó con el título “De padres a hijos”.

Os leo las tres dedicatorias del libro, que sí he escrito yo. Quizás en la primera está ya dentro todo lo que quiero decir. La primera se la he dedicado a mis padres, y dice así: “A mis padres, Clementina y Dario, que me han dado la vida”. Si yo me hubiera parado ahí, habría dicho una cosa verdadera, que es que me han dado la vida, pero tam-

bién equivocada, porque los hombres no sólo dan la vida. Ésta es la cuestión. La vida en sentido biológico la dan también los peces, los gatos, los animales. Los hombres, junto con la vida, comunican también cierto sentimiento de la vida. Es decir, educan. Por eso he escrito: “A mis padres, Clementina y Dario, que me han dado la vida y con ella el sentimiento de su grandeza y positividad”. Me parece que toda la cuestión educativa, la definición de la emergencia educativa, está contenida aquí: en esta comunicación del sentimiento de la grandeza y positividad de la vida. Lo entendí en dos momentos particulares importantísimos para mí. El primero fue al leer un artículo de un neuropsiquiatra que escribía en el “Corriere della Sera” en las páginas de Ciencia (no en las de religión, no era un cura el que decía esto, sino un científico) en el que hacía una observación que puede parecer banal: decía que un niño en estado gestacional, cuando todavía no comprende absolutamente nada, si crece en el vientre de una mujer que está contenta por la vida, contenta por su vocación, sus circunstancias, su marido con todas sus deficiencias y sus hijos con las suyas, sentirá la vida como un gran don con mucha mayor facilidad. La verá como una cosa positiva, bella, buena. El artículo decía que, en cambio, un niño que crece en el vientre de una mujer que maldice la vida, al marido, a los hijos o el propio embarazo, tendrá mucha mayor dificultad en venir al mundo sintiendo la vida como un bien, como una cosa grande y positiva. Y si lo pensáis despacio, en esta afirmación está todo el secreto de la educación. Si es así, en primer lugar educar es inevitable. No es que podamos elegir si educar

o no, no es que podamos decidir si lo hacemos o no: todos estamos educando siempre. Los hombres, en cuanto que están viviendo y son relación con el otro, educan; es decir, comunican un determinado sentimiento de la vida. Pensad en la madre que lleva a un hijo en su vientre: ¿tiene el problema de educarlo? No puede enseñarle nada, pero ya piensa en que le leerá a Cervantes y a Leopardi para que conozca las cosas grandes y bellas de la vida. Y en cambio la educación sucede mientras ella está viviendo esos nueve meses: haciendo cosas, preparando la comida, amando a su marido... Mientras vive acontece la educación. El secreto de la educación, aunque sea paradójico y un poco provocativo decirlo, es no tener el problema de educar. Porque la educación es este testimonio que sucede inevitablemente. Benedicto XVI, en un discurso famoso sobre la educación a la Diócesis de Roma, dijo algo formidable: "Padres, estad tranquilos porque vuestros hijos han venido al mundo exactamente igual que venían hace 10, 20 o 100 años". Lo más impresionante, sobre todo para el que vive como cristiano, es esta certeza: que los hijos son dados por Dios. Y Dios continúa haciendo lo que hizo el primer día, Dios continúa haciendo todos los días lo que hizo ese primer día. ¿Y qué hizo? Cuando decidió ponerse a trabajar, porque estaba aburrido, en seis días creó el universo y montó todo este lío en el que vivimos. Lo miró y pensó: "Toda esta belleza necesita de uno que la mire, que mire el cielo lleno de estrellas y diga: ¡Qué bello!, que se admire ante la maravilla de la Creación". En medio del universo creó a alguien capaz de maravillarse, capaz de admirarse por las cosas, de decir ¡qué bello el cielo lleno de estrellas!, capaz de preguntarse quién las ha hecho, capaz de la gratitud, capaz de amar. Inventó al hombre, capaz de desearle a Él, capaz de desear el infinito, ser feliz, que la vida sea grande y buena. Y ha continuado haciendo el corazón del hombre, de los niños, de los que han nacido esta mañana, de esta manera: un corazón que desea la felicidad. El niño que está en el vientre de su madre o el que acaba de nacer y del que decimos que no comprende nada (que en cierto sentido es verdad), en realidad entiende todo. Precisamente en esos nueve meses tiene una capacidad de aprendizaje alucinante. Los niños, cuando vienen al mundo, saben hacer fenomenal su trabajo: mirar. Nuestros hijos, desde que existen, miran. Nos miran siempre. Parece que duermen, y nos miran. Empezan a gatear y seguimos pensando que no entienden nada, pero nos miran. Cuando por fin los llevamos a la guardería, pensamos que nos hemos librado de esa mirada, pero nos siguen mirando. La emergencia educativa no son ellos, dejemos de contarnos esta mentira. Somos los

El problema de la educación es fácil: se trata de vivir, porque nuestros hijos después abren los ojos, miran y aprenden

adultos, somos nosotros. Ellos hacen su trabajo, el problema es qué ven cuando lo hacen, cuando abren los ojos y nos miran.

El problema de la educación es fácil: se trata de vivir, porque ellos después abren los ojos, miran y aprenden. Se necesita aceptar este desafío. Yo lo entendí durante el episodio que ha resultado ser el más importante de mi vida. Stefano, mi primer hijo, tenía 6 años. Una tarde de domingo yo estaba corrigiendo los ejercicios, y como todos los profesores saben, la corrección es un potente antídoto contra el insomnio. Me estaba empezando a dormir, se me caía la cabeza, la levantaba... Y en una de esas cabezadas vi a Stefano, cuyos ojos apenas alcanzaban el borde de la mesa. Y me estaba mirando. Posiblemente llevaba un rato ahí porque me había quedado dormido. Le miré con aire interrogante, como preguntándole qué necesitaba, pero él no decía nada. Le miré con más fijeza y me sonrió. Y ahí, de repente, se me iluminó el cerebro. Me vino una idea que no me ha abandonado nunca: la certeza de que con aquella mirada mi hijo no me estaba haciendo una lista de necesidades (no necesitaba comer, beber, ir al baño, ir a la escuela, el teléfono móvil, jugar...), con esa mirada me estaba diciendo: "Papá, asegúrame que vale la pena vivir al mundo". Entendí que me estaba pidiendo que fuera padre. Porque un padre, una madre, en sentido amplio (no sólo estricto), es el que atestigua la bondad de la vida, de la realidad, de las cosas, del destino. Toda nuestra responsabilidad, en el fondo, se reduce a esto. Ser testigos de esta belleza y grandeza de la vida; es decir, comunicar un sentimiento de su grandeza y positividad. No he sido capaz de volver a mirar a mis hijos y a mis alumnos sin sentir en su mirada esta mirada. Me parece la cuestión fundamental. Podemos hablar de consecuencias, problemas secundarios... Pero esto es lo más importante.

Nuestros hijos nos perdonan muchísimo, más que nosotros a ellos. Nos perdonan los errores, así que no tengáis miedo a fallar, porque va a dar igual, vais a equivocaros igualmente. La educación es algo tan misterioso, tan ingobernable, tan inprogramable, que cuando va bien nos equivocamos. Nos equivocamos porque si va bien para Stefano, va mal para Andrea; si va bien por la mañana, va mal por la tarde. Imaginaos si tenéis muchos hijos: es imposible pensar que no te vas a equivocar. Lo importante es intentarlo. Yo siempre pienso en los pobres primogénitos que pagan las consecuencias de los experimentos pedagógicos que hacemos las parejas de 25 años, que nos inventamos cómo ser padres y madres. Y luego están

los segundos, que miran a los primeros y toman algunas curvas para defenderse. Los terceros son un espectáculo, porque no se sabe cómo comen, cómo se visten, pero un día te encuentras con que han crecido. ¡Vemos que la educación es una cosa fácil! No es así, en realidad: ha crecido mirando, aprendiendo. Ellos nos perdonan todos nuestros errores, la fatiga, nuestras limitaciones... Mis hijos me han preguntado muchas veces: “¿Por qué no tenemos piscina?”. Siempre respondíamos elegantemente: “Te preferimos a ti”. Yo he sido el cuarto de diez hermanos y sufríamos una cierta pobreza, pero jamás se me ha ocurrido echarse en cara a mis padres. Porque los hijos lo perdonan todo, pero lo único que no perdonan es la falta de esperanza. Todo el problema que tenemos hoy es que parece que toda la generación de adultos no es capaz de transmitir esperanza a los jóvenes, y no son capaces porque no la viven ellos.

A mi padre le daré las gracias eternamente porque él se ha preocupado de su santidad y no de la mía. He crecido mirando a mis padres, dos personas muy sencillas que

eran campesinos y estudiaron sólo hasta 3º de Primaria, pero vivían contentos siempre. Y su alegría me ha llenado de curiosidad. Los padres y profesores pensamos que la educación es como en una extraña operación: tenemos en la cabeza lo que es justo, lo que es bueno, y tenemos que trasvasar lo que tenemos en nuestra cabeza a la cabeza vacía de nuestros alumnos o de nuestros hijos. Pero eso es violencia, no es educación. Es violento porque hay un pequeño problema: que la cabeza del niño ya está llena. Habría que vaciarla primero y luego llenarla de las cosas justas. No se trata de esto. Se trata de que yo, adulto, estoy enamorado de la vida, comprometido con ella de una forma tan decidida y convencida, que es como si mirase con el rabillo del ojo a mi hijo y le dijese: “Haz lo que quieras, pero mira, mira con qué decisión y con qué certeza vivo yo”.

En mi libro cito el capítulo sexto del Deuteronomio de La Biblia que dice una cosa preciosísima, que os aconsejo que aprendáis de memoria y recordéis siempre: “Cuando en el futuro tu hijo te pregunte: ¿qué significan todas



“Los primeros pasos”
Vicent Van Gogh

estas normas y estas reglas que Dios te ha dado?”. Traducido en términos modernos: “Queridos papá y mamá, ¿por qué tengo que hacer lo que vosotros me decís? ¿Por qué tengo que ser sincero, bueno, decir la verdad, ser puro y casto, amar la pobreza, trabajar, estudiar, sacrificarme por los demás? ¿Sois tontos? ¡Todo el mundo dice lo contrario! ¿Por qué tengo que hacer lo que decís?”. Y cuando la cosa se pone difícil, con 12, 13, 14 años, cuando la relación se convierte en una lucha, lo que están haciendo es formularnos desesperadamente esta pregunta. ¿Y qué les respondemos? “Tienes que hacerlo así porque soy tu padre”. Pero esto no les basta. “Debes hacerlo porque lo ha dicho el cura el domingo, porque lo dice el profesor del Kolbe”. Tampoco. Sólo hay una respuesta, una sola, que es la que dice la Biblia en este fragmento: “Tú responderás a tus hijos así: éramos esclavos del faraón de Egipto y de allí nos sacó el Señor con mano grande y poderosa y nos ha dado la tierra que había jurado a nuestros padres”. Nosotros seguimos las normas que el Señor nos ha dado para ser felices como, de hecho, lo somos ahora. Por eso la única respuesta que podemos darle a nuestros hijos es esta: “Hijo mío, es para tu felicidad. Y no lo digo de forma teórica, sino que la vida que llevamos tu madre y yo es feliz”. Todo el gran problema y dificultad de la educación es que de la felicidad no puedes hablar: o existe o no existe. Tu hijo se da cuenta de que estás contento de la vida con sólo respirar el aire a su alrededor. Puedes tratarlo bien o mal, poner una sonrisa enorme, decirle que eres feliz... Pero si no lo eres se da cuenta, tiene una antena infalible. Si tú estás triste, él lo sabe. Si estás cansado o enfadado de la vida, él lo sabe. Si no has perdonado a tu mujer o a tu marido, él lo sabe. Si le echas en cara que ha venido al mundo para fastidiarte, él lo sabe. Todas las sonrisas son inútiles porque esta mentira no funciona. Y de hecho alguna vez se te puede escapar un cachete y él sabe perfectamente si es justo o no, pero incluso eso te lo perdona. En esto se puede fallar. Pero lo que él sabe y lo que le marca la vida es la sorda desesperación con la que vivimos. Porque ésta es una generación de niños que, como dice el Papa Francisco, sufre de “orfandad”. Dice que es una generación de huérfanos, algo que puede parecer erróneo porque históricamente, la generación de mis padres o de mis abuelos es la que ha perdido a su familia en la guerra, por la enfermedad, el hambre, la inmigración... Es paradójico decir ahora que eran huérfanos, porque no eran huérfanos de un sentido de la vida, pero nosotros sí. La única cuestión es que haya adultos que tengan el coraje de mirar esto a la cara, la propia historia personal, y preguntarse cuál es la esperanza que mantiene en pie la vida. Mi vida, no la de mis hijos. Insisto: no es algo abstracto, sino lo más concreto que hay, y de aquí derivan unas consecuencias educativas fundamentales.

Si se entiende esto, se evita el terrible error de hacer pesar sobre nuestros hijos la responsabilidad de nuestra

felicidad. Somos una generación de adultos tan débiles, con un horizonte tan limitado, que todo el bien de la vida parece concentrarse en el hijo, como mucho en dos hijos. El objetivo de nuestra felicidad es que el niño esté bien, que tenga éxito. Nuestra felicidad en vez de depender de algo grande depende de nuestro hijo, de su comportamiento, de si hace las cosas bien o tiene un sobresaliente en las notas. Y esto es una fuente de enfermedad para los hijos, de malestar psicológico. Preguntádselo a los psicólogos si no me creéis. Nuestros hijos tienen derecho a que vivamos de una felicidad que sea mucho más grande que sus caprichos, sus aciertos o sus errores. Cuando con 14 o 15 años nos desesperan es porque están llevando adelante su oficio: es como si con una cuerda atasen a los padres y a la casa e intentaran tirar. Algunos lo hacen bastante fuerte, pero realizan su trabajo porque tiran precisamente para saber si la casa es suficientemente sólida, si resiste. Si lo pensáis, lo hemos hecho todos. Un hijo que cuando tira de la cuerda ve que su familia está en pie puede soltar la cuerda e intentarlo por sí mismo. Es decir, puede equivocarse, y esto significa que puede hacerse grande, porque si no nunca se hará mayor. La parábola del hijo pródigo no es sólo la de un hijo que se equivoca, que falla, sino que se hace grande fallando. No es una parábola negativa, sino positiva, que explica lo que es la educación. La educación es un hijo que de repente hace algo distinto, quizá cosas erróneas, pero prueba. Puede hacerlo porque sabe que hay una casa que lo espera, una casa que lo perdona. Porque si con 15 años tira de la cuerda y ve que la casa se hunde, que sus padres no aguantan, con 30 años tendrá miedo de casarse, miedo de salir del hogar, miedo de trabajar; seguirá atado a la cuerda porque tendrá miedo de que si él se equivoca, la casa se hunda y sus padres se derrumben. La cuestión es vencer el miedo, el nuestro y, por lo tanto, el suyo.



Si yo os preguntara si queréis a vuestros hijos, incluso os ofenderíais. ¡Claro que les queréis! No lo pongo en duda. Pero todos los padres deberíamos reflexionar sobre lo que significa quererles, porque muchas veces afirmamos con el corazón y con la cabeza que les queremos, pero con nuestros actos lo negamos. Porque amar, como aprendí de pequeño, se resume en esta frase: “Dios nos ha amado primero, mientras aún éramos pecadores”. Imaginaos que Dios hubiera abierto las nubes, echado una ojeada y exclamado: “¡Qué horror, qué asco! Con lo bien que los hice y lo mal que va todo”. Y después hubiera gritado: “¡Ay, hombres, os veo fatal! Pero yo soy vuestro Padre bueno, y os voy a salvar. Voy a hacer algo a lo grande: dar la vida por vosotros. Y además exagerado: me voy a dejar crucificar. Pero primero, al menos, dejad de hacer la guerra”. Si Dios nos hubiera pedido mejorar, hacernos buenos, para merecer su amor, estaría todavía arriba. No nos damos cuenta pero muchísimas veces actuamos así con nuestros hijos. Les queremos, pero les echamos en cara todos los sacrificios que hacemos por ellos, y ese discurso ya les masacra. “Nosotros te queremos mucho, pero cuánto más te querríamos si...”. Y solemos continuar pidiendo que al menos aprueben todas las asignaturas. Pero si uno dice “cuánto te querría si cambiaras”, no está amando, está chantajeando, que son dos cosas muy diferentes.

Debemos aprender esto, porque el amor, antes que nada, es una misericordia, un perdón; si no, no comienza siquiera la educación. Dado que tenemos un hijo malo, ignorante, que nos hace desesperar, ¿cómo podemos hacer que cambie, que se vuelva bueno? Para ser bueno en la vida hace falta ser muy feliz. Y uno es feliz sólo cuando alguien le quiere gratis. Antes de que cambies. Los hijos encuentran la energía de hacerse mejores en nuestro perdón. Todos decimos “te quiero”, pero el verdadero problema del cristianismo y de la fe es decir “te quiero ahora”. Nuestros hijos tienen derecho a tener unos padres como los que yo he tenido, que me han transmitido esta percepción: cuando nos miren (no cuando se lo digamos, porque la educación no es cuestión de palabras, sino de miradas) deben sentir que les decidimos “yo daría la vida por ti ahora, tal y como eres”. Esta generación es huérfana también en este sentido: son chicos que crecen huérfanos porque nunca han sido buenos para nadie. Nunca han sido buenos ni para sus padres, sus profesores, su novia, sus amigos... Para nadie. Todos los psicólogos y psiquiatras con los que he tratado confirman esta intuición: esta generación sufre de un oscuro sentimiento de culpa. Es una generación triste y es violenta porque sufre la culpa de haber venido al mundo. El signo más clamoroso de esto es que no son

violentos hacia lo externo, sino hacia sí mismos. Anorexia, bulimia, crisis de ansiedad, cortes... Son ejemplos de violencia contra uno mismo. Esta es la gran emergencia educativa: que puedan mirar a adultos que digan “yo doy la vida por ti ahora”. Un colegio así, como el Kolbe, que por lo que conozco nació para esto, para que vuestros hijos encuentren otros adultos que confirmen esta intuición de que se puede vivir bien.

El otro día estaba en mi colegio en la sala de profesores y entró una profesora que acaba de llegar quejándose de una clase en la que los alumnos eran un desastre, no aprendían nada... Y yo, que soy el director, me la llevé al despacho para hacerle una pregunta. “¿Si ya fueran inteligentes, cultos y trabajadores, vendrían al colegio? Tenemos que entender que gracias a ellos tenemos trabajo.

Sintamos al menos gratitud hacia ellos por esto”. Otro día en la junta de evaluación había una profesora que al abrir el cuaderno, tenía todo rojo, lleno de insuficientes, y me dice: “Director, aquí no hay nada que hacer. Esto no es una clase, es un cementerio”. Y le dije: “Perfecto. Aquí empieza nuestro trabajo. Nosotros somos aquellos que sacamos a los muertos de las tumbas”. Ella estaba molesta y seguía insistiendo en que no había nada que hacer, pero yo estaba obstinado y continué, con

una analogía de la resurrección de Lázaro en el Evangelio: “Sí, es verdad, igual que en la resurrección de Lázaro, ya ‘huelen mal’. Pero nosotros somos aquellos que hasta el último día a la última hora les gritamos: ‘¡Sal fuera, Lázaro!’”. Apostamos por su bien. Si no, ¿para qué hacemos una escuela católica?”. Y aquí entra otro problema: el de la escuela. Respecto al colegio, y lo digo como padre, dejemos ya de hacer el tonto. Porque si durante 15 años les hemos estado diciendo a nuestros hijos –siguiendo bien el catecismo de la Iglesia, bien la Declaración de Derechos Humanos, la Constitución...– que todos los hombres son iguales, que todos los oficios valen lo mismo, y después de repente cuando tienen que elegir el tipo de Bachillerato les juzgamos, les destruimos. Dependiendo de lo que elijan, los padres se preguntan dónde fallaron como educadores. La escuela no es el fin de la vida, es un instrumento. Y en educación, confundir el fin con el instrumento es un error mortal. No hemos traído a nuestros hijos al mundo para que sean ingenieros nucleares, les hemos traído al mundo para que sean felices, hombres y mujeres felices.

Para terminar, introduzco el que será el último epígrafe: en educación se calla. Difícilmente, raramente, requiere palabras, es siempre sólo un testimonio. Un día de todos

Uno es feliz sólo cuando alguien le quiere gratis. Antes de que cambies. Los hijos encuentran la energía de hacerse mejores en nuestro perdón

Los Santos estábamos en la mesa y yo, de broma, les dije a mis hijos: “Chicos, vamos a buscar a un santo”. Y mi hijo Andrea me dice muy serio: “¡Qué bella idea! ¡Vamos!”. Me reí, como si él tuviera una agenda con la dirección y el teléfono de todos los santos de los alrededores. Pero me dijo que conocía a un santo de verdad: “Un amigo mío se está muriendo de un tumor, hemos estudiado y trabajado juntos, y es verdaderamente un santo”. Así que cogí el teléfono y llamé a esta familia a la que no conocía de nada, que vivía a 300 kilómetros de nuestra casa, y les dije que queríamos ir a verles. La madre, muy contenta, nos dijo que sí, y pasamos la tarde del domingo de todos los santos con ellos en casa. Al hijo, que estaba muy enfermo, lo tuvieron que llevar a la mesa en camilla, y murió unos meses después. Entonces ya no podía ni hablar, movía una mano y escribía. Mientras estábamos comiendo, la madre llamó por teléfono a una amiga y le dijo que había sido una semana de infierno. Y en verdad había sido muy dura. Y el hijo en ese momento escribió: “Habla por ti”. Si pasáis un día cualquiera con vuestros hijos con una familia como ésta, estáis educando. Yo esa noche volvía a casa y me conmovía pensando en lo sencillo que es educar, porque me daba cuenta de que no había hecho ningún discurso, no les había dado ninguna charla, pero visitando a esta familia volvíamos todos cambiados. Esto pone en cuestión qué uso le damos al tiempo, al coche, al dinero, a las vacaciones... Pero en realidad vemos lo fácil que es educar, ver las cosas buenas. Y pensamos que con 15 años les educamos dándoles discursos, como cuando les “llamamos a capítulo” y vienen derrotados, y durante 20 minutos les soltamos una chapa llena de convicción como si fuera lo más importante del mundo. Me da ternura porque los hijos nos miran como miramos a un pez de colores

en una pecera: la película no tiene sentido para ellos. Es imposible que el hijo escuche por enésima vez lo mismo. Y en vez de escucharnos nos miran pensando que no estamos bien porque se nos están inflando las venas del cuello. Lo increíble es que en cierto momento nos damos cuenta, y es una tragedia porque decimos: “¡No me estás escuchando!”. Haced una prueba: la próxima vez que os enfadéis y tengáis ganas de dar el sermón, llamad al hijo y decidle: “Escucha, tengo que decirte cosas súper importantes, pero estoy cansado. Dilas tú”. Descubriréis que vuestro hijo da un discurso que querréis llevarle de gira por España a instruir a sus coetáneos sobre educación. Estoy de broma pero es cierto que uno, con 20 años, puede llegar a no soportar más a sus padres. Cuando son pequeños los niños analizan gramaticalmente la expresión “Mi mamá me ama”. No analizan “Mi mamá trabaja mucho” o “Mi madre hace la compra”. Hay uno que analizó “mi” como “adjetivo obsesivo”. Más de uno debería pegar esta frase en su nevera.

Hay muchas más cuestiones que trataremos: la de la afectividad, la tecnología y la cuestión de la libertad, que a la fuerza es la más decisiva de todas. ¿Por qué en educación nada está garantizado? Porque la libertad es algo tan serio que no hay nada garantizado. De hecho, sucede que en las mismas familias hay miembros con resultados educativos diferentes. A veces te llega un chico brillantísimo y te preguntas quiénes serán los padres, pero cuando los conoces piensas que es adoptado. O al revés. Cuando tienes un alumno muy problemático a veces conoces a los padres y son los mejores del mundo. La libertad es una cuestión muy seria en la educación. Es un riesgo desde siempre, y es, además, un sacrificio. ■



Clara Fontana y Franco Nembrini, durante el primer encuentro